

SESIÓN NECROLÓGICA EN RECUERDO DEL ACADÉMICO DE NÚMERO DOCTOR DON AGUSTÍN ÚBEDA-ROMERO MORENO-PALANCAS

Presidió el acto el Doctor don **Juan Gómez y González de la Buelga**, Académico de Número y Presidente de la Sección de Arquitectura y Bellas Artes.

Intervinieron los Académicos de Número, Doctores don **Jesús Martínez-Falero Martínez**, Presidente de la Sección de Medicina; don **Luis Martínez-Calcerrada Gómez**, Presidente de la Sección de Derecho, y doña **Rosa Garcerán Piqueras**, perteneciente a la Sección de Arquitectura y Bellas Artes y Secretaria General de la Academia.

DOCTOR DON AGUSTÍN ÚBEDA

JUAN GÓMEZ Y GONZÁLEZ DE LA BUELGA
*Académico de Número y Presidente de la sección de Arquitectura y Bellas Artes
de la Real Academia de Doctores de España*

Señoras y señores:

Nos encontramos reunidos aquí esta tarde-noche para algo muy querido por todos nosotros: conmemorar la memoria del doctor don Agustín Úbeda Romero-Palancas, gran pintor, miembro de número de esta nuestra Academia y dentro de ella de la Sección de Arquitectura y Bellas Artes que me honro en presidir. Es por esta circunstancia por la que se me ha pedido que haga la introducción de esta la Sesión Necrológica, cosa que hago por mi parte con complacencia, dada la calidad de la persona conmemorada, y con dolor por la pérdida de un compañero tan valioso para la RADE y para nosotros sus compañeros académicos. Procuraré, por mi parte, ser breve, y dar paso de esa manera a los tres compañeros que van a intervenir a continuación, aportando mucho más que yo, porque tuvieron ocasión de conocer y tratar cumplidamente al doctor Úbeda en diferentes periodos de su vida.

Era Agustín Úbeda un joven lleno de ilusiones en los años cincuenta cuando le conocí —yo también lo era—, en la Galería Biosca de Madrid donde exponían todos los pintores que por entonces estaban dispuestos a conquistar el mundo. Un grupo seleccionado de ellos, todos amigos y compañeros suyos (como Manrique, Clavo, Juan Guillermo, Martínez Novillo, Redondela, Feito y otros) colaboraron en el Hostal de los Reyes Católicos de Santiago de Compostela, decorando con sus lienzos y sus acuarelas las habitaciones y las galerías que nosotros, el equipo de también jóvenes arquitectos, habíamos convertido en el mejor hotel de España, al que convertimos de esa manera en museo de promesas convertidas hoy en realidades. Luego supe que Úbeda había emprendido su aventura parisina de la que tanto tiempo tardó en volver, pero que le sirvió para convertirse en un artista de vanguardia, creador de mundos fabulosos que sobrevolaban con su nuevo barroquismo los niveles que había dejado aquí en su tierra seca y escueta de las planicies manchegas. Su éxito trascendió pronto, y tuve la satisfacción de seguirle por algunas de sus exposiciones en las que sus grandes cuadros tapizaban las altas paredes con sus mujeres volátiles y sus flechas.

Cuando yo ingresé en la Academia, él me había precedido unos años de la mano de su paisano y amigo Miguel Fisac, ya también desgraciadamente perdido para nosotros, cuando andaba retirado de la arquitectura activa y peleando en su estudio con la pintura de tierras que recogía en botes de cristal en los márgenes de las carreteras.

Pero Úbeda, el pintor-poeta de tantas glorias subliminales, fue también un buen académico, cumplidor como los mejores en su asistencia a los plenos y a las reuniones en nuestra Sección de Arquitectura y Bellas Artes, en las que se manifestaba siempre con buen sentido, modestia y simpatía, hasta el punto que me costará olvidar su presencia en ellas, y siempre habrá un asiento a la mesa de reuniones en el que recordaré su figura cordial y sonriente. Por entonces estábamos empeñados en abrir nuestra Sección a nuevos académicos de otras artes aún no representadas en ella, como la escultura y el grabado, y no encontrábamos artistas de tales especialidades que tuvieran el título de Doctor. En esa búsqueda mucho nos ayudó nuestro compañero Agustín, que se fue de este mundo con la pena de no haberlo conseguido.

Siento tener, por último, que referirme a la enfermedad que acabó con su vida y que le tenía acostumbrado a llevar los bolsillos llenos de caramelos. Su siempre cordial amabilidad le hacía llevar siempre en su coche a alguno de nosotros, acompañándonos desde la Academia hasta nuestras casas. Y en cierta ocasión le sobrevino un ataque llevándome a mí y él conduciendo. Pese a la dificultad del momento, y sin que yo pudiera hacer nada por ayudarle, salvo aguantarle el volante, frenó y consiguió sobreponerse y salir del apuro sin consentir en que le ayudara, mientras un impaciente conductor de autobús no paraba de tocar la bocina. Mi buen amigo Agustín me demostró aquel día el temple con que le habían fabricado.

Deseo, finalmente, haciéndome eco además del pensamiento de todos los compañeros de nuestra Sección, hacer presente a su esposa y demás familiares aquí presentes nuestra condolencia, y expresarles el gran aprecio en que teníamos todos a nuestro querido compañero, ilustre pintor y gran artista, el doctor don Agustín Úbeda Romero-Palancas. Dios le tenga en su gloria.